

# Tierra y Libertad

F. A. I.



Barcelona, 27 de Junio de 1931

SEMANARIO ANARQUISTA

Año II - Núm. 19 - 15 CENTIMOS

## Va toda una semana de falacias electorales. El domingo se consumará la farsa del voto. Luego, la farsa mayor o la gran tragicomedia política de las Cortes Constituyentes.

### Todos debemos gritar: ¡Abajo el parlamentarismo!

## ¡Viva la Revolución Social!

### VIBRACIONES

## Res, non verba

Difíciles son los momentos actuales. I por lo tanto que difíciles, en ellos nuestros prohombres derrochan caudales de buena palabrería.

Hoy más que nunca—pese a que vivimos un grave período revolucionario—está en boga el parlamentarismo, la política, la diplomacia, lo que en términos claros y llanos se llama verborrea.

Con una insana insospechada se quiere resolver el problema social que agita a España a fuerza de clichés, de voces, de insulso palabrerío.

En las derechas las palabras son el colmo de la ceguera y expresan todo el terror que les produce la perspectiva dibujada en el horizonte nacional.

Igualmente sucede en el centro político español, vacilante y temeroso. Ese centro que juega a las posiciones, que maneja doble baraja y que ora gira al reaccionarismo, ora al liberalismo, cuando no a la demagogia.

I no digamos nada de todas las izquierdas—absolutamente todas—, las cuales sólo y exclusivamente viven de frases, de conceptismos, de huecas afirmaciones, convertidos poco menos que al gongorismo jacobinista.

Asesuran las izquierdas la necesidad del imperio de las leyes, al cual han de someterse todos los ciudadanos de la República. Vociferan como energúmenos en el Poder, la obligación que todos los españoles tenemos de acatar la usanza voluntaria y el imperioso mandato de quienes oficial y oficialmente mandan y ordenan desde las poltronas del Poder.

V todo son—como diría Hamlet—palabras, palabras y palabras.

Palabras y palabras porque ni ellos vienen predicando con el ejemplo, ni lo predicaban los que ayer en el mando y hoy en la oposición conservadora, llevan una política de resistencias, conspiran a la sombra y fraguan complots reaccionarios.

Ante las formas accidentales del «Poder moderador», ayer, hoy y siempre, cada elemento, cada partido y hasta cualquier apartado, obra según la sagrada conveniencia particular y los cánones de política o de moral que recen en sus programas e idearios.

Por consiguiente, jamás hemos visto que los mismos «amantes» del orden al orden se sometan, ni a la ley, ni al derecho, ni a la justicia, ni a nada que atente contra su albedrío y criterio de las cosas.

Hoy mismo vemos cómo los «cabezas más o menos sinceros de la Patria, la Autoridad, la Teocracia o la Democracia, proceden caprichosamente, a tenor de sus intereses—generalmente bastardos—, sus pasiones—morbosas la mayoría de las veces— y sus prejuicios—aque- llos prejuicios legendarios inseparables de la Tradición, bien ultramontana o bien demagógica, que caracolea y evoluciona siempre en torno al principio de autoridad que se quiere como prevención para imponer a los demás las prevenciones y represalias que venga en gana a los detentadores del Poder.

Estamos cansados de frases hechas. En torno a la política del Estado todo cuanto hay hecho son papeles, a veces ridículos, discursos y posturas dañinas para el pueblo.

Próximas las Constituyentes, cuántos mares de tinta y de saliba se vienen vertiendo por doquier, sin ton ni son, para que nos convenzamos los revolucionarios que en ellas tenemos nuestro puesto, el fin y objeto de determinar con nuestra presencia e intervención una legislación provechosa para el proletariado.

Eso, todo eso, es pura ilusión, mero espejismo. I habida cuenta que las leyes de España determinasen capítulo por capítulo, cláusula por cláusula, número por número, dicho beneficio, de nada serviría al aquel—el beneficiado o agenciado—no responde por una fuerza revolucionaria que impusiese desde la vía pública las reivindicaciones que le dictara sus necesidades y aspiraciones.

Pero estamos de mal talante para que se nos venga con parlamentarismos, legalismos, democratismos, politicismos y

posibilismos que son—lo decimos bien fuerte—contrarrevolucionarios ahora y siempre, especialmente en estos instantes de intensa formación revolucionaria.

¡No! No queremos las Constituyentes. ¡No! No queremos someternos al imperio de la República.

¡No! No queremos traicionar al pueblo, haciendo el caldo gordo a sus enemigos de la derecha, del centro o de la izquierda, que son los nuestros.

El pueblo emancipador, señores parlamentarios, tiene perfectamente definida su posición, ha fijado singularmente su actitud y lleva o sigue un pensamiento claro y concluyente, animado por una voluntad inquebrantable en la realización inmediata de su propio destino.

Vivificado y robustecido por las idealidades anarquistas, el proletariado moderno confunde con un anatema todos esos sistemas de gobierno y cifra sus esperanzas en la realización de un grande ideal: el de su emancipación por las vías de la revolución.

La solución que el pueblo da al problema social—no está en las Cortes ni en las confecciones de leyes «protectoras» del trabajo y de la «libertad» sindical. I no lo está porque cuanto se legisla representará lo que se dice una maila donde quedarán presos los mismos obreros, víctimas del espíritu de las leyes, como dice Montesquieu. De ese muerto espíritu que hace inamovible todo sistema, todo régimen, cualquier estado de cosas archisabidamente burgués, estatista; contrario, totalmente contrario

al bienestar, la libertad, el amor y la cultura de la humanidad.

Por nada ni por nadie, pues, abandonaremos, ni abandonará el proletariado las clásicas rutinas antipolíticas, antiautoritarias y anárquicas.

Por consiguiente, nuestra acción está en la calle, sosteniendo el ya erguido espíritu rebelde de las multitudes, manteniendo la tensión revolucionaria, conservando el pulso ideal del día y haciendo porque nuestro movimiento—el movimiento histórico de la clase trabajadora—se remonte bien alto hasta arrasar las más altas esferas del capitalismo y de la gobernación de los Estados.

Tal es nuestra moral. Tal es nuestra idealidad. Tal es nuestra conducta. Tales son las líneas directrices que seguimos impertérritos de acuerdo con nuestro historial, con nuestros congresos y con las líneas verdaderas, genéricas y universales que sigue el anarquismo.

¡Realidades, no palabras! ¡Realidades! ¡Realidades! ¡Realidades! Soluciones, soluciones, soluciones...

¡Trabajo! ¡Libertad! ¡Justicia! ¡Igualdad! ¡Amor! ¡Cultura! ¡Revolución!

¡Res, non verba! ¡Res, non verba! ¡Res, non verba!

## Macrófono

Tiene España un Presidente, que se las trae.

Alcalá Zamora es un magnate a pronóstico.

No sé por qué este converso me merezca repugnancia. Como todos los transfugas, aunque sean aquellos que pasan de la derecha al centro o a la izquierda. Pero... pero siempre se mantienen a flote como manchón de



La madre proletaria llorando el crimen cometido contra su compañero por los sicarios de la Mariana.

## Cuadros de defensa y de combate

En un pleno nacional, no ha mucho tiempo celebrado en Madrid, se tuvo la clara misión, que se condensó en unánime acuerdo, de ir a la creación de los cuadros sindicales en todos los sindicatos de ramo e industria adheridos a la C. N. T. Los primordiales objetivos de estos cuadros sindicales, son reunir a todos los jóvenes rebeldes y a todos los militantes activos en apretadas falanges, en viriles conjuntos, para así poder contrarrestar vigorosamente toda tentativa reaccionaria, y oponerse energicamente a todo aquel Gobierno, sea del color que fuere, que quiera o intente emprender una ofensiva contra los efectivos revolucionarios de la C. N. T. Estos cuadros de defensa y de combate son tanto más necesarios cuando se acercan días de prueba, horas únicas y supremas, en que tendrán que ponerse a contribución todos nuestros entusiasmos, todas nuestras actividades y toda nuestra inteligencia, para hacer prevalecer, ante todo y contra todo, nuestros ideales.

Es necesario que todos los militantes de la C. N. T. y de la F. A. I. sepan darse cuenta de la excepcional importancia que en sí entrañan esos cuadros sindicales, sangre y nervio, en un futuro muy próximo, de las gestas proletarias que han de asombrar al mundo. Es preciso que todos y cada uno de nosotros sepamos convertir el acuerdo del ya citado pleno nacional, en franca y fecunda realidad. Ello es urgente, imprescindible, inaplazable.

Vivimos unos momentos en que hay el deber y la obligación de multiplicar nuestras actividades y de intensificar nuestra propaganda para hacer frente a las circunstancias, para saber orientar los acontecimientos y tener la clara visión de encaminarlos con rumbo y hacer meter que más en consonancia están con nuestros ideales.

En el espíritu y en el corazón del pueblo hay ansias irrefrenables, deseos incontenibles, anhelos imperiosos de escalar nuevas cimas, de ir hacia nuevos horizontes, de plasmar estas nuevas estructuras político-económico-sociales, que nosotros, los que actuamos bajo los auspicios de la C. N. T. y de la F. A. I., ha tantos años vamos propagando.

Con una admirable y sorprendente intuición que siempre demuestran los pueblos, en los más decisivos momentos históricos, ha comprendido tan admirablemente, se ha dado tan perfecta cuenta de lo que es y representa, de su fuerza y de su poder, de las grandes perspectivas y posibilidades que le ofrecen el presente y el futuro, que desea, imperioso y exigente, elevarse a la categoría de hombre libre y responsable, de transformar radicalmente los fundamentos de la actual sociedad, para ir a la constitución de un nuevo mundo donde el Trabajo, la Igualdad y la Justicia, sean los principios básicos de una nueva Humanidad.

Por eso, los anarquistas y sindicalistas revolucionarios para que en sus respectivos sindicatos ejerzan la cristalización de este acuerdo nacional y vayan, rápida y entusiásticamente, a la constitución de esos cuadros de defensa y de combate, falanges rebeldes y conjuntos heroicos, que han de ser, esta es su misión, los impulsores de un movimiento fecundo, de una gesta gloriosa que ha de colocarnos en el más alto lugar del mundo.

Estamos en unos tiempos en que es preciso ser activo y práctico. Propagar y organizar. Crear y fecundar. Ello tiene que hacerse sin perder ni un momento. Son horas de afirmación revolucionaria, de prontas realizaciones anarquistas. Sepamos, pues, ser dignos de nuestros días, de estos momentos históricos y de la grandeza de nuestros ideales.

J. EROLES

grasa sobre la «pobres» y «paciente» aquí.

«Nuestro» Presidente es muy magnánimo. Nadie tanto ni tan «santo» como él.

Vedlo avisado como ninguno de su casta y clase.

Vedlo ayer servidor de un rey, ni más ni menos felón que todos los reyes. Vedlo ministro de la Guerra de Fernando VII y plico, sirviendo los planes militaristas de quien quiso eclipsar al propio Darío. De quien si pecó en lesa humanidad, fué por querer vestir la corona UNICA de rey de reyes y emperador de emperadores... Tomando España como segunda Persia.

Los españoles de imaginación hemos visto al ministro de nuestros Darío, hacer el papelito de palafrenero y «amuestrador» del caballo real. Lo hemos visto despertar el celo de la bestia, paseándole por junto a una yegua para lograr el histórico relincho que proclamase a su rey soberano de las Españas, ya que no del Orbe, y posturar, a los dobles pies del «jaco» y del «alisco», a los pueblos y hombres de Iberia...

Quien como Zamora (Alcalá) está «convicto y confeso» de esas servidumbres monarquistas, carece de honor y de autoridad para cualquier cosa. Y no decimos nada si ésta es gobernar, pues eso se lo negaremos al «Niño de la Bota» que viviese al mundo.

El ex patatino—hoy converso republicano—ha hecho la apostasía por su cuenta y razón. Porque si antes servía a señores, hoy a señor ha pasado, y servido se ve por ese coro de ranas que croan por el Poder presidencial.

Y díe la voz de la Corneja, que tan reptiles son éstos como aquellas servidumbres de las que Zamora (Alcalá) formó parte en antaño, «arrastrando» sus extremidades inferiores y sus poseídas por las escaleras, alfombras y sillones del «magro» que embaucaba y oprimía al Pueblo desde el palacio de Oriente.

«Nuestro» apóstata no puede ni sabe ocultar sus «complexos» adiposos. Su media vuelta... al centro le asegura media que nunca su privilegio, su soberbia, el afán de Poder que le caracteriza. Y, con lo «sujo», los privilegios irritantes, los monopolios no menos lucrosos y el autoritarismo como el solo criminal de la casta parasitaria y estatista que cifra su SALVACION en el nuevo régimen.

Ha sido un giro ese de suma convenientia burguesa, cristiana, autoritaria. Y sobre todo un salto de trampolín que coloca a «nuestro» transfuga más alto de lo que soñara... Y mirad que es ambicioso...

Para que sus ambiciones no se le malogren, este republicano de última hornada, se aferra al rezo, a la oración y a la penitencia... Pero donde bien se agarra es al Poder omnisciente y omnipotente de la Fe católica, apostólica y romana.

Miradlo cómo va a misa a rezar «Padres nuestros» y «Avea Marianas».

Escuchadle con el sarcasmo que hace la defensa del Clero y la apología de la Religión.

Vedle abrazado al cuerpo epiléptico de la «Santa Madre Iglesia».

Sabedle un farsante, un embaucador, un tirano-lacayo servil de las mentiras convencionales, los intereses creados, las viejas tablas de la Ley, de la Autoridad, de la Iniquidad y del Mal.

Sabedle a este Zamora (Alcalá)—pequeño magnate—al servicio lacayuno e indigno de la rancia casta de los doblones, los blasones, los heráldicos y los trofeos bárbaros que forman la negra historia de la Propiedad y el Estado en todos los tiempos.

Y contra todos esos cachivaches, y contra los anticuados inhumanos de la condeza moral del Presidente de la segunda República española, nosotros sabremos—estamos sabiéndolo ya—lanzar las catapultas de la Revolución, la Idea y la Justicia.

CRITICO